







**SUBSUELO 5**  
**ESTEBAN CASTROMÁN**

- Ilustrado por: LAUTARO FISZMAN

Castromán, Esteban

Subsuelo 5 / Esteban Castromán ; edición literaria a cargo de María Inés Kreplak y Marcos Almada ; ilustrado por Lautaro Fizsman. 1a ed. Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación, 2015. 108 p. : il. ; 14x10 cm. (Leer es futuro / Franco Vitali; 14)

ISBN 978-987-3772-18-4

1. Narrativa Argentina. I. Kreplak, María Inés , ed. lit. II. Almada, Marcos, ed. lit. III. Lautaro Fizsman, ilus. IV. Título  
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/12/2014

- Edición literaria: María Inés Kreplak / Marcos Almada
- Diseño de tapas e interiores: Pablo Kozodij

## ► COLECCIÓN LEER ES FUTURO

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con

la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

———— **Ministerio de Cultura** ————

Franco Vitali  
Secretario de Políticas Socioculturales

Teresa Parodi  
Ministra de Cultura



ESTEBAN CASTROMÁN

BUENOS AIRES, 1975. Es escritor y uno de los creadores de Editorial Clase Turista. Publicó los libros *El Alud* (2014), *Cablerío* (2014), *El Tucumano* (2012), *Pulsión* (2011), *380 voltios* (2011) y *Fin* (2009).



LAUTARO FISZMAN

BUENOS AIRES, 1975. Es dibujante, ilustrador y pintor. Estudió en el Taller de Historietas de Alberto Breccia. En 1994 comenzó a autoeditar la revista *El Tripe-ro*, realizando muestras en Argentina, Cuba, Suiza, Italia, España y Francia. Recibió una Mención de Honor en el Encuentro Iberoamericano de Historietistas (La Habana, 1944). Ilustró la colección *Sherlock Holmes* (Página/12,

1995). Publicó historietas en las revistas *Pistas*, *Poco Loco*, *Barbaria*, *Fierro*, *Manuales del Ministerio de Educación de la Nación*, *ConSecuencias*, *Strip Art Vizura*, *El Gallito Inglés*, *Samandal*, *Camouflage Comics* y en el proyecto de *Abuelas de Plaza de Mayo Historietas por la identidad*. Realizó pinturas para las películas *Ay Juancito*, *Morir en San Hilario*, *Nuevo Mondo*, *Felicitas*, *The City of Your Final Destination* y *El Inventor de Juegos*. Su obra se puede ver en:

•[lutarofiszman.com.ar](http://lutarofiszman.com.ar)

---

## SUBSUELO 5



## **SONIA**

Sonia tiene 24 años y trabaja como empleada doméstica en el edificio más alto de la ciudad.

Cada mañana, de lunes a viernes, se monta en colectivos, trenes, subtes y más colectivos para llegar a la guarida lujosa donde viven sus empleadores: semi-piso en torre de 59 pisos con amenities,

ubicación céntrica.

Cada tarde lo mismo, en sentido inverso.

A pesar de lo pornográfico de esa odisea cotidiana, Sonia dice estar contenta con su trabajo.

Quizá porque en otros anteriores nunca la habían tratado así de bien.

Eso del respeto siempre fue un problema.

No para ella, claro, sino para los demás.

Por eso le parece inusual la amabilidad de sus actuales empleadores; tanto



que a veces sospecha.

Aunque en general relaja y se deja llevar, mexicanamente, por el fluir de la vida.

Hoy es viernes, en teoría una jornada idéntica al resto.

Pero no.

Porque ayer sus jefes le pidieron que fuera un rato antes, dos horas al menos, para ayudarlos a organizar el cumple de su hijo de 10 años llamado Tute.

\* \* \*

## **MATÍAS**

Matías tiene 33 años y hace menos de un año trabaja como ejecutivo de cuentas en la filial argentina de una compañía de seguros transnacional.

Ahora está empotrado en la barra de un bar irlandés céntrico, dándole sorbos a una pinta de cerveza artesanal, mientras espera a sus antiguos compañeros con quiénes arregló para reencontrarse hoy viernes por la tarde.

Llegó media hora antes, pero pasa el



tiempo y nadie aparece.

Envía un mensaje de texto y recibe como respuesta: NO VISTE LOS MAILS? SUSPENDIMOS REUNIÓN... NOS HICIERON QUEDAR EN EL LABURO POR QUILOMBO GROSSO... DESPUÉS TE CUENTO BIEN... ARREGLEMO PARA SEMANA QUE VIENE... ABRAZO MAN.

Matías putea en voz alta mientras el barman apoya una nueva pinta delante suyo, a quién le aclara: “perdón... no te decía a vos... los pelotudos de mis amigos me dejaron de garpe, ¿podés

creer?... ¿y esta birra?... mirá que no te pedí otro happy hour, eh...”.

El barman le responde: “sí, ya sé, olvidate... esta te la invita aquella parejita... va por cuenta de la rubia y el chongo... esos dos que saludan... ¿los ves?... recién carajeabas... pero ponele onda... parece que tu suerte cambió, papurri...”.

Entonces Matías escanea el entorno, rotando su cabeza con la precisión de un aspersor, y entre el paisaje de cuerpos logra distinguir que en una mesa del rincón más oscuro, hay una mujer y



un hombre que lo están saludando con sus vasos en alto.

Él hace lo mismo, devolución espejada del gesto.

Pocos segundos después, Matías ya está sentado junto a Rocío y Edmundo.

Fluyen los minutos, las pintas, las conversaciones, las risas, las conversaciones, las pintas, los minutos.

Edmundo paga la cuenta.

Los tres se paran, caminan hasta la puerta del bar en un zig zag de felicidad y melopea, salen a la calle, paran un taxi,

lo montan, trayecto de quince cuadras, bajan en la entrada de un edificio muy alto donde Rocío y Edmundo tienen un departamento, al que están yendo con Matías, para prolongar la celebración de esa mágica y espontánea sincronía.

\* \* \*

## **PAMELA**

Pamela tiene 45 años y trabaja como



actriz en una reconocida serie televisiva.

Cuando camina por la calle, suele ser interceptada por algunas personas para sacarse fotos junto a ella o pedirle autógrafos o entregarle paquetes de amor u odio respecto a su personaje en la ficción o simplemente para saludarla.

No reniega ni la conflictúa ser parte de esa pequeña elite de famosillos cuyas vidas privadas pertenecen al patrimonio de lo público.

Por el contrario, en su intimidad lo vive como un acto de justicia tardía ba-

sada en la meritocracia y se relame al fantasear probables erupciones de envidia en todos aquellos que alguna vez le cerraron puertas en la cara o le pusieron piedras en el camino a lo largo de su carrera.

Acto de justicia, sí; pero también, el goce perverso de una venganza indirecta.

Tal condensación de sentimientos se interpone frente a ella cada vez que se mira al espejo, con la espesura de una bruma compuesta por partículas de am-



bición, fama y éxito; lo que rebota, siempre, es una mutación óptica de sí misma.

Pero como la experiencia humana oscila entre lo estable y lo inestable, algunas veces el cristal le devuelve cierta imagen idealizada del presente con la voluntad de maquillar su ego para una fiesta de gala; y otras veces impacta sobre su cuerpo la descarga de una ametralladora neurótica capaz de acribillar la vitalidad de todo lo conseguido.

Lo estable es un refugio frágil.

Lo inestable es una pesadilla con ar-

quitectura de palacio cuyas puertas siempre están abiertas de par en par.

\* \* \*

## **FABRICIO**

Fabricio tiene 11 años y trabaja como operario en la industria de su propia infancia, ahí donde se fabrican las autopartes de todo lo futuro.

Ansioso pero callado, ahora viaja en el



asiento trasero de un coche que lo lleva hacia el cumpleaños de Tute: compañerito del colegio que vive en un edificio muy alto y lujoso; el rico del grado.

La mecánica del vehículo oscila su marcha en primera, en segunda y en tercera por calles paralelas y perpendiculares; hasta que doblan en la avenida y el contexto permite poner cuarta.

Se dan cuenta de que falta poco para llegar porque entre los árboles, al fondo, se asoma el cuello de la torre hacia donde van.

Desde el asiento copiloto el papá de Fabricio dice: “uy, miren... ¿la ven?... ahí está... es esa torre, ¿no?... seguro que esta gente no tiene problemas de guita como nosotros... jeje... debe ser un palacio adentro...”.

“¿Y qué querés, Oscar?... la gente que más tiene necesita mostrar su fortuna a cómo dé lugar... siempre es así... por eso la hicieron tan alta... para que los poderosos puedan mirarnos desde arriba”, agrega la mamá de Fabricio al volante, mientras la carcaza automotriz



que los contiene forma fila frente a un semáforo que aún comunica rojo.

Desde el asiento copiloto, el papá se da vuelta y le habla a Fabricio: “¿sabés qué?... hoy vos tenés la oportunidad que no tuvimos ni tu madre ni yo... estamos haciendo un esfuerzo muy grande para relacionarte con gente de mejor nivel... para que puedas entrar –por la puerta principal o por la ventana, da lo mismo– al lugar donde se cocinan las cosas importantes...”.

“Sé más específico, Oscar... mirá Fa-

bri... para que entiendas... cuando en una conversación entre mamá y papá escuches la frase *cosas importantes* es porque nos referimos al bienestar, al dinero y al poder... aunque no necesariamente en ese orden de prioridades...”, agrega la mamá desde el volante.

Mientras tanto en el asiento trasero, Fabricio balancea su cabeza hacia adelante y hacia atrás, como si realmente entendiera algo de lo que acaban de decir.

Intencionado o no, el gesto de Fabricio logra satisfacer el apetito neurótico



de sus padres.

Porque al inferir que su hijo quizá haya entendido el mensaje, ese de meterse en la casa de los ricos e ir por todo, mamá al volante y papá copiloto se miran a los ojos con un tipo de complicidad que solo el amor profundo o la venganza planificada podrían sintetizar.

Mientras tanto en el asiento trasero, Fabricio observa cómo la torre de Tute va creciendo frente a sus ojos.

Llegan al cumpleaños, bajan del auto, los atiende un uniformado de seguri-

dad privada que anuncia su presencia a los dueños de casa, esperan muchos minutos, una mujer se acerca desde la zona de los ascensores y cuando llega a la puerta saluda con amabilidad a los padres de Fabricio garantizándoles que durante las próximas horas su hijo estará muy bien cuidado, y la mujer se lleva al niño hacia la zona de los ascensores, y los padres vuelven a subir al auto, encienden el motor en silencio, y si bien un motor no es sinónimo de silencio, podría serlo en la burbuja habitable de



un coche cuyos ocupantes dialoguen telepáticamente y con cierta melancolía respecto a la monstruosidad que implica el paso del tiempo.

\* \* \*

### **VERTICAL BRIDGE**

Con ese nombre en inglés, que en español significa *punte vertical*, la empresa desarrolladora lanzó al merca-

do el proyecto, casi una década atrás, cuando la torre era tan solo un fantasma –del que todos hablaban pero nadie había visto– viviendo al interior de un gran pozo, cuya profundidad exagerada parecía rasguñar la puerta de entrada al infierno.

Probablemente hayan preferido diseñar una marca en inglés, ya que el segmento al que dirigían sus esfuerzos comerciales estaba integrado por personas con mucho dinero en sus cuentas bancarias y con un alto nivel de cipayis-



mo ideológico.

Las publicidades de ese momento decían: “Estamos creando Vertical Bridge, el sitio más exclusivo de la ciudad. Una inversión segura o un hogar para siempre, en la torre de mayor altura y con los mejores amenities. Visítenos para conocer el proyecto. Vertical Bridge: un puente directo a las estrellas”.

Los vecinos del barrio repudiaban la construcción de un tótem tan alto y conjeturaban que la profundidad del pozo podría generar impactos negati-

vos en el entorno.

A pesar de sus quejas y demandas legales, la obra siguió adelante y en cinco años fue terminada hasta el último detalle.

En ese lapso, la pulseada *negocio inmobiliario versus vecinos* tuvo un importante impacto mediático, y el tema adoptó un carácter de interés nacional, y estimuló el debate en noticieros, redes sociales y hasta programas de chimentos.

La opinión pública, una vez más, se



fracturó en dos: por un lado, los que apoyaban la construcción de la torre y, por otro, los que la rechazaban. En ambos casos, sus baterías argumentativas eran tan diversas como inverosímiles.

Pero lo cierto es que ese mix entre exposición mediática, polémica e inversión publicitaria, logró que Vertical Bridge –a pesar de su elevado costo por metro cuadrado– se transformara en un éxito comercial sin precedentes.

\* \* \*

## **SALÓN DE USOS MULTIPLES**

Cumpleaños de Tute en el SUM del edificio.

Sobre el lateral del salón próximo a los ventanales, un grupo numeroso de chicas y chicos observa con atención las muecas de tres animadores disfrazados (una mujer y dos hombres) realizando un stand up; su argumento pretende expresar que los monstruos también tienen sentimientos.

La animadora está vestida como una



colegiala tardía y desquiciada, con la boca llena de una tinta roja símil sangre, que parece haber escapado de un probable manicomio en clave manga japonés.

Uno de los animadores está vestido como un granjero desequilibrado, con enterito, camisa leñadora y máscara de arquero perteneciente a algún equipo estadounidense de hockey.

El otro animador está vestido todo de negro y de sus hombros le cuelga una capa y tiene la cara pintada de blanco y una falsa dentadura con colmillos.

Sobre el lateral del salón opuesto a los ventanales, un grupo numeroso de hombres y mujeres ingieren comida y bebida, mientras conversan sentados en mesas circulares.

El murmullo general contamina la nitidez de la música funcional que dispara el DJ. Si bien las canciones pertenecen a un mismo disco que se reproduce en piloto automático, el muñeco monta su showcito para justificar el laburo de carne y hueso por el cual fue contratado mientras piensa: “a ver si todavía los



organizadores se arrepienten y empiezan a comentar por lo bajo que hubiera sido lo mismo meter un reproductor mp3 y ya”. Entonces, micro espectáculo: monerías de registro carnavalesco, manipulación obsesiva de los auriculares, aparente selección de la oferta musical en los nutridos listados de su Mac, potenciómetros que giran de izquierda a derecha y viceversa.

Bastante desbordada, Sonia camina de un lado a otro del salón: sirve los platos que salen de la cocina, monitorea a los

niños y atiende las demandas adultas.

Alguien apaga las luces principales porque llega el momento de la torta.

Entonces cánticos.

Tute sopla las once velitas.

Aplausos.

Risas.

Copas que chocan.

Besos, felicitaciones, promesas.

Las luces principales vuelven a encenderse.

\* \* \*



## REIV

Cumpleaños de Tute en el SUM del edificio, aunque en cualquier momento la sección infantil de la fiesta comenzará a extinguirse (como el fuego de las velitas) y tan solo quedarán los grandes para seguir la movida.

Sobre el lateral del salón próximo a los ventanales, chicas y chicos bailan música electrónica en un rincón customizado que emula la atmósfera caduca de una rave.

Los tres animadores se encargan de prolongar la pista de baile hacia el lateral del salón opuesto a los ventanales, arengando a los adultos para que abandonen las mesas circulares y se sumen al ritual.

La animadora ahora está vestida con un mameluco de cuero negro adherido al cuerpo y tiene un látigo en la mano, como si fuera una especie de gatúbela en clave manga japonés.

Uno de los animadores ahora está envasado dentro de un traje plástico color



turquesa fluorescente y el saco abierto deja ver su remera blanca con carita amarilla sonriente.

El otro animador sigue vestido todo de negro y una capa continúa colgada de sus hombros y aún tiene la cara pintada de blanco y su falsa dentadura con colmillos.

El DJ permutó su rol como actor de reparto por héroe perceptual de los demás. Ya no lo afecta la paranoia del despido porque la mayoría de los invitados, chicos y grandes, mueven sus cuerpos al

ritmo de su propuesta musical, y no hay botón de muestra más eficaz para evaluar el éxito de su trabajo en una fiesta que la variable cuantitativa de la danza.

\* \* \*

## 42

Mientras tanto, Sonia camina por el pasillo hacia la cocina, pero detiene su marcha porque un hombre está parado



en el medio y obstaculiza su avanzar.

“Permiso, señor”, dice ella.

“¿Señor? Ja... señor es mi viejo o mi abuelo... a mí decime Antonio”, dice él sin cambiar su posición.

“Es que tengo que ir a la cocina...”, dice ella.

“Es que tengo que ir a la cocina...”, dice él con un tono burlón, pero amable, como imitándola.

“En serio... por favor... se van a enojar...”, dice ella.

“¿Quiénes se van a enojar? Tu jefe

es mi mejor amigo, ¿sabés? No sé si te acordás de mí, pero ya nos vimos antes... acá mismo... un par de veces... que vine a cenar...”, dice él.

“No, no me acuerdo, señor”, dice ella.

“Antonio te dije que...”, dice él.

“Perdón, sí, Antonio...”, dice ella.

“No importa que no te acuerdes... ¿sabés que sos muy linda?”, dice él.

“Agradezco su amabilidad... pero estoy trabajando y tengo que ir a encargarme de unas cosas en la cocina... por favor, déjeme pasar...”, dice ella.



“Mirá, hagamos una cosa... antes tengo que preguntarte algo... ¿cuánto te están pagando por trabajar hoy acá?”, interroga él.

Suena el portero eléctrico y al instante aparece la dueña de casa para pedirle que acompañe a Fabricio hasta la planta baja, que sus padres vinieron a buscarlo.

“Sí, señora... enseguida”, dice Sonia.

“Gracias. ¿Y vos Antonio, qué hacés acá en el pasillo de la cocina? ¿No te estarás levantando a la empleada, no?...”

jaja...”, dice la dueña de casa.

“¿A vos te parece que sería capaz de tal cosa?... jeje... qué poco me conocés...”, dice Antonio.

Unos minutos después, Sonia y Fabricio se suben al ascensor en el piso 42 donde queda el SUM de la torre, en dirección a la planta baja.

\* \* \*



## 38

Si tuviéramos una cámara para registrar el estado actual del departamento donde viven Rocío y Edmundo, la secuencia comenzaría en interior/noche, primer plano de una mesa, vasos a medio llenar y ceniceros atiborrados de collilas, un mantel rugoso y cochino, sin humanos alrededor.

Zoom out y travelling hacia el living. Acercamiento al sillón más grande, donde se desploma el cuerpo de Edmundo.

Podría estar desmayado o durmiendo. Con el fin de desactivar cierta ambigüedad en la imagen, plano detalle de su boca. Entonces observamos que ronca y babea como si fuese un dogo moribundo: duerme, no es desmayo.

Plano general hacia la visual exterior: un ventanal compuesto por perfiles de aluminio con ruptura de puente térmico y doble vidriado hermético.

Zoom in, pero sin atravesar el cerramiento: del otro lado Rocío y Matías parecen discutir.



Debido a la propiedad termoacústica de la abertura, la cámara no puede capturar el sonido que se produce en el balcón terraza de este departamento ubicado en la torre más alta de la ciudad.

Con lo cual, la escena parece una película muda cuyos personajes gesticulan sintagmas de vehemencia cada vez más convulsos.

Hasta que Matías, con una mímica furiosa, abre una hoja corrediza de la ventana, pero antes de entrar al living gira su cabeza hacia Rocío, que lo mira con

su espalda apoyada sobre la baranda del balcón que separa la vida de la muerte, y acercamos la cámara en un plano americano y ahora sí logramos capturar sus voces y oímos un fragmento de lo que él le dice a ella.

“... ah, y sabés qué... te voy a decir una cosa que no tendría que decirte, pero sí... te lo digo de una... ni bien atravesé la puerta de este departamento, sentí en el cuerpo como una descarga eléctrica... incomodidad o algo parecido... pero le resté importancia porque



fue algo difuso, leve... y me dejé llevar... ahora puedo ver que me equivoqué... hay que hacerle caso a la intuición, aunque parezca una paparruchada animista... chau, Rocío, me voy... espero no verlos nunca más...”

Plano secuencia siguiendo a Matías: camina por el living, agarra sus cosas colgadas en el respaldo de una silla, abre la puerta, sale al pasillo, se para frente a los ascensores, pulsa el botón, espera un tiempo desfasado respecto a su ansiedad, la puerta del ascensor se

abre y sube en el piso 38.

\* \* \*

## 24

Luego de una hora sumergida en la bañera con agua tibia, espuma orgánica y sales minerales, Pamela se encrema, viste y maquilla para ir al estreno de una nueva obra de teatro donde tiene un papel protagónico.



Como cada vez que inaugura algo en su vida, Pamela se siente sofocada por los nervios.

También tiene miedo de llegar tarde.

Aún sabiendo que mirarse al espejo en tales circunstancias podría ser como una ruleta rusa para su autoestima, antes de salir del departamento lo hace y el cristal le devuelve la versión idealizada de su imagen, un remix de su ego apto para una fiesta de gala.

Envalentonada, abre, sale, cierra la puerta, oprime el botón del ascensor

que, cuando llega al piso 24, abre sus puertas y la invita a pasar.

\* \* \*

## **CIUDAD CENITAL**

Cumpleaños de Tute en el SUM del edificio, chicas y chicos bailan música electrónica en un rincón customizado que emula la atmósfera caduca de una rave.



Apenas se encendió la mini disco, Fabricio empezó a bambolear su cuerpo como todos los demás y le parecía divertido contemplar los movimientos propios y ajenos en la pista.

Muchas risas, gritos y brazos hacia arriba.

Pero tal excitación solo le duró un rato, porque de a poco su ánimo se fue desinflando.

Y ahora la cara de Fabricio es una sopapa pegada al vidrio del ventanal y sus ojos son dos gotas de melancolía

existencial que cortocircuitan con la pulsión de presente perpetuo ambicionado por el estallido festivo que ocurre a sus espaldas.

Y ahora Fabricio observa la ciudad desde una perspectiva cenital mientras se pregunta en voz baja: “¿Qué me quisieron decir mamá y papá en el auto cuando veníamos para acá? ¿Acaso que cuando sea grande debería ser rico como Tute para vivir en un lugar así? ¿O tal vez que ser rico como Tute no es algo bueno y...? ¿Pero entonces...?”.



Ahora Fabricio calibra el enfoque y puede ver su cara reflejada sobre el vidrio del ventanal y se pregunta a sí mismo, en silencio: “¿y a vos qué te gustaría, Fabri?”.

Interrumpiendo el proceso de hechicería introspectiva, de repente aparece Sonia que le dice: “vinieron a buscarte... vamos que te acompaño”.

Fabricio y Sonia atraviesan el matorral danzante formado por cuerpos de diferentes edades.

Antes de salir, la dueña de casa le en-

trega a Fabricio una bolsa grande con souvenirs del cumpleaños, le dice “gracias por venir” y lo saluda con un beso en la frente.

Sonia también recibe su parte: una serie de instrucciones en voz baja.

Unos minutos después, Sonia y Fabricio se suben al ascensor en el piso 42, en dirección a la planta baja.

\* \* \*



## DESCENSOR

Se suben en el piso 42, Sonia presiona los botones PB y (><). Las puertas se cierran y el artefacto de traslación vertical empieza a descender.

“¿La pasaste lindo?”, pregunta Sonia.

“Sí, muy lindo... ¡qué linda casa tiene Tute!”, responde Fabricio.

“Es muy linda... Tute tiene suerte de tener una casa así... no todos tenemos esa suerte”, dice Sonia.

“Claro, sí... recién, a lo último del

cumple, mientras todos bailaban, pensaba que me gustaría tener una casa linda así... ¿cómo se hace?... ¿de qué tengo que trabajar cuando sea más grande?”, reflexiona y pregunta Fabricio.

“Uh... que pregunta difícil... primero deberías pensar en estudiar, porque...”, aconseja Sonia.

Pero la bajada va moderando su inercia y el ascensor se frena en el piso 38.

Se abren las puertas y sube un hombre algo desencajado, con gotas de transpiración sobre su frente y una vibra-



ción alterada.

“Buenas noches... van a planta baja, ¿no?”, saluda y pregunta Matías.

“Sí, claro”, responde Sonia, mientras intensifica la fuerza con que agarra los hombros de Fabricio, como si tal manifestación de microfísica, imperceptible para los demás, fuera al menos una búsqueda de fe por si acaso.

“Ay, me duele...”, le indica Fabricio a Sonia debido al apretón espontáneo.

“Perdón, querido... no me di cuenta”, Sonia amortigua el comentario de Fabri-

cio sin perder de vista, con cierta sospecha, los jadeos y meneos nerviosos que manifiesta Matías a tan solo un metro de distancia frente a ellos, de espaldas.

El ascensor desciende y ninguno de los tres dice nada.

Todo es silencio (salvo el concierto noise de la electromecánica que pareciera estar ocurriendo a lo lejos; porque los protocolos del confort moderno tienden a ahuyentar las crispaciones que resuenan en el esqueleto técnico de las cosas; entonces cualquier propues-



ta sonora proveniente de las máquinas siempre debe ser ejecutada en la verdadera periferia de lo visible).

“Perdón si les molesta mi presencia... es que hoy tuve una noche terrible y...”, quiebra el silencio y dice Matías.

“¿Te sentís bien?... al principio nos preocupamos... bah, yo me preocupé... porque te vi subir así, medio medio... y entonces...”, interrumpe, pregunta y aclara Sonia.

“¿Falta mucho para llegar?”, interrumpe y pregunta Fabricio.

“Acabo de estar en el departamento de dos demonios... y tengo mucho miedo”, balbucea Matías, agitado, luego de voltear su cabeza hacia Sonia.

La bajada va moderando su inercia y el ascensor se frena en el piso 24.

Se abren las puertas y sube una mujer envuelta en un abrigo de piel sintética cuyo estampado simula la piel de una iguana; un aura de perfume acompaña sus movimientos y contamina cada centímetro cúbico donde el oxígeno y el dióxido de carbono venían jugando



una pulseada química por el espacio.

“Hola, soy Pamela y estoy apurada... vamos primero al subsuelo que tengo el auto estacionado y no puedo llegar tarde al estreno de mi obra, ¿sí?”, propone Pamela, a modo de presentación, con la potencia arrasadora de una vanidad cimentada en la fama.

“Sí, no hay problema”, responde Sonia y deja de apretar los hombros de Fabricio porque el hecho de que haya otra mujer en el ascensor –y, como si no fuera suficiente, una mujer más grande

y audaz que ella— la tranquiliza.

“Todo bien”, agrega Matías que ahora está apoyado sobre el lateral izquierdo del ascensor (desde la perspectiva de Sonia y Fabricio) y ya respira con normalidad.

El ascensor desciende veloz.

“¿Trabajás en la tele?”, le pregunta Fabricio a Pamela.

“Sí, chiquito... me conocés de la serie, seguro... ¿la ves?”, responde Pamela.

“No, no me dejan ver esos programas... papá y mamá dicen que estupidi-



zan a la gente...”, declara Fabricio.

“¿Cómo que estupidizan a la gente?... si es un programa de ficción y además...”, interviene Pamela.

“Me parece que te vi en un programa de la tarde... esos de chimentos... cuando decían que salías con el futbolista ese... el arquero que lo llamaron para la selección...”, apuñala Fabricio.

“Ah, sí... jaja... eso fue hace mucho tiempo...”, dice Pamela.

“¿No fue el año pasado?”, mete bocado Matías.

“¿Y a vos quién te invitó al acuario, pescado?”, Pamela refuta con cierta agresión a Matías.

“Eyyy... era solo un comentario... que mala onda, che...”, se defiende Matías.

“¿Seguís viéndote con el arquero? ¿Cómo era que se llamaba?... era un capo me acuerdo...”, interroga Fabricio con insistencia.

“No, peque... eso ya quedó en el pasado”, contesta Pamela.

“Te pido mil disculpas si te hice enojar... en verdad lo digo... fue solo un co-



mentario tonto que...”, vuelve a meter bocado Matías.

“No problem, todo bien... me zarpé con lo de pescado y lo del acuario... estoy un poco nerviosa, ¿sabés?”, amortigua Pamela.

“Estamos llegando a planta baja... ah, cierto que vamos primero al subsuelo... uffff... ok, ok... paciencia, Sonia... paciencia, Sonia...”, dice Sonia a una audiencia distraída en otros temas.

“¿Tenés novio?”, pregunta ya con menos timidez, Fabricio.

“Pero qué chico preguntón que sos, eh... sí, tengo... bah, en verdad no es novio novio... pero nos estamos conociendo...”, responde Pamela con un poco de nerviosismo casual y otro poco de la afectación que ya es parte de su esencia cotidiana.

“Estamos llegando al subsuelo... vayan despidiéndose...”, dice Sonia con algo de ironía y tedio y demasiadas ganas de bajar.

“Así que hoy estrenás obra... mirá qué bueno... si me invitás te acompa-



ño... me quedé sin planes...”, sugiere Matías torpemente.

“¿Cómo decís?... así que el señor se quedó sin planes y yo tengo que invitarlo a mi obra... pero, ¿quién te pensás que sos... un dandy de los años veinte?”, refuta Pamela.

El ascensor desciende veloz.

“Eh, pará... nos pasamos del subsuelo... ya vamos por el subsuelo 3... recién la pantallita marcaba S2... pero lo raro es que la botonera llega hasta S1... no existen los demás pisos... ¿adónde esta-

mos yendo?”, grita Sonia, desesperada.

“¿Qué tocaron?... voy a llegar tarde a la obra... subsuelo 1 apreté... al estacionamiento tengo que ir... ¿qué mierda hicieron?”, reclama Pamela, alterada.

“Yo toqué el botón de planta baja y veníamos bien... vos viniste y tocaste otra cosa... así que no te hagás la pizpireta, ¿sabés?”, se defiende Sonia.

“A ver... ¿qué onda?... la pantalla dice S4... ¿adónde carajo estamos yendo?”, grita Matías, también, desesperado.

“No lo puedo creer... me van a cagar el



espectáculo ustedes...”, protesta Pamela.

“Pero ninguno de nosotros tocó nada... se fue solo para abajo...”, agrega Sonia con decisión y horror.

“¿Cuánto falta para ir con mamá y papá?”, pregunta Fabricio con cierta sospecha de que las cosas no están del todo bien.

La bajada va moderando su inercia y el ascensor se frena y en el visor se lee S5.

“¿Subsuelo 5?... ¿qué mierda hacemos en el subsuelo 5, si esta puta torre solo

llega hasta el subsuelo 1?... alguien me explica lo que está pasando...”, alterada, Pamela putea y formula preguntas que no tienen respuesta.

“Soy claustrofóbico... odio estar encerrado... ¡abran la puerta, carajo!”, Matías se desbanda y comienza a respirar con el mismo ritmo irregular de unos cuantos pisos más arriba.

“Bueno, bueno... calma... que si desesperamos es peor... seguro ahora salimos o volvemos a subir... a ver, probemos”, sugiere Sonia con mesura y presiona el



botón PB y presiona el (<>) y presiona todos los que puede, pero no pasa nada.

“¡Quiero ir con mamá y papá!”, reclama Fabricio, que parece estar perdiendo aquella paciencia infantil que todo adulto agradece al toparse con ella.

“Ya falta poco... estamos en eso... viendo cómo volver arriba... no te preocupes que todo va a salir bien, chiquito”, Sonia le susurra a Fabricio mientras lo abraza, y él se tranquiliza gracias al talento esperanzador de ella.

“No hay señal de celular, estamos

muy abajo”, informa Matías probando trucos ineficientes en su teléfono móvil.

“Esta mierda no anda no anda no anda...”, desesperada, Pamela pulsa a puñetazos los botones ALARMA, S1 y 24, el piso donde vive: tres intentos fallidos y luego el estallido de un grito que rebota en el interior del ascensor y amplifica la desesperación de los demás: “¡¡¡Ah!!!”.

“¿Qué está pasando?”, pregunta Fabricio y se larga a llorar.

“Calmate, ¿quierés?... no ves cómo se puso el nene...”, Sonia le exige a Pa-



mela, tratando de contener la angustia de Fabricio.

“Basta... no nos peleemos entre nosotros... tenemos que estar más unidos que nunca...”, sugiere Matías con un tono conciliador.

“¿Pasaban muchas películas en el río, pescadito?... me parece que viste muchas...”, Pamela desautoriza su intervención con malignidad.

“Tiene razón lo que dice... paremos de pelear entre nosotros”, Sonia defiende la propuesta de Matías.

“Paren... miren... las puertas... se están... se abren... sí, se abren... ¡vamos carajo!”, observa y festeja Matías al observar el movimiento horizontal que realiza cada una de las dos hojas metálicas al alejarse de la línea vertical que venía uniéndolas, como un prototipo de libertad causado por la separación de dos hermanos siameses que solían compartir un mismo cuerpo de aluminio.

\* \* \*



## **SUBSUELO 5**

Se abren las puertas del ascensor.

El proceso de apertura empieza como un tajito lumínico y vertical en el centro, pero va mutando en arañazo de brillo, en rectángulo centelleante hasta transformarse en un manantial de luz.

Los recibe una incandescencia cegadora que bien podría ser la entrada principal al palacio de la muerte, el acceso a una nave espacial, una visita guiada al interior de un tubo halógeno

o tantos otros etcéteras.

Al principio les resulta imposible hacer otra cosa que tapar sus caras y mantener los ojos bien cerrados. Unos segundos después, la molestia decrece, por acostumbramiento.

Pamela toma la iniciativa y sale impulsada por una urgencia concreta. La siguen Sonia, Fabricio y Matías, en ese orden.

Traspasan el muro fosforescente y advierten que se trata de una instalación donde muchos focos y lámparas y



linternas, de distintos tamaños y especies, apuntan directo al ascensor.

También pueden ver que hay una cámara HD.

“¿Y esa cámara? ¿Nos habrán filmado cuando bajamos?”, pregunta Sonia.

A lo lejos se escuchan risas y aplausos, como si se tratara de una caterva festejando algo.

“Escuchá Pamela... el público en el auditorio clama por tu presencia... jeje...”, bromea Matías.

“No seas pelotudo que no estoy de

humor, ¿quierés?”, responde enojada Pamela.

“¿Y si vamos para el lado de la gente?”, sugiere Fabricio.

Pamela, Matías, Sonia y Fabricio caminan en fila por un túnel que parece la garganta de una cueva, el interior de un cilindro maquetado con barro sólido.

La iluminación proviene de una ristra de pequeños leds empotrados en el techo que avanza serpenteante.

“¡Hola! ¿Hay alguien ahí?”, grita Pamela, formando una cavidad acústica



con sus manos a modo de altoparlante orgánico.

“¡Hola hola!... estamos perdidos... ¿alguien podría ayudarnos, por favor”, Sonia se suma a la campaña de auxilio.

Nadie responde, tan solo les vuelve el búmeran sonoro del eco: lo mismo que han dicho, pero en una versión regurgitada por la caverna.

\* \* \*

## DESVIO

De repente desembocan en un espacio circular que mide al menos seis metros de diámetro.

Los cuatro caminan en línea recta trazando una bisectriz programada por la telepatía del horror.

Sus últimos centavos de certidumbre sufren una devaluación imprevista, ya que se toman con tres bocas de túneles.

“No lo puedo creer... ¿qué hacemos ahora... por dónde seguimos?”, refunfu-



ña y pregunta Matías.

“Hagamos así: cada uno se mete en un corredor distinto, avanza varios metros, se fija qué onda y vuelve acá... este lugar es el punto de encuentro...”, propone Pamela.

“¿Cuántos metros...?”, interroga Matías, ebrio de preocupación.

“¡Qué sé yo!... la idea es ganar tiempo, por eso nos dividimos... alguno de los tres túneles debería llevarnos a la salida...”, responde Pamela.

“Me parece bien... ¿cómo hacemos?...”

¿quién entra a cuál?”, apoya la propuesta y pregunta Sonia.

“Yo elijo ese...”, Pamela anticipa su decisión al escuchar las risas y los aplausos que provienen del primer boquete a la izquierda.

“OK... yo entro al del medio...”, dice Matías.

“Vamos... metámonos en el de la derecha, querido Fabricio... dentro de poco saldremos de acá y vas a volver a tu casa con mamá y papá...”, Sonia le susurra con dulzura al chico, para mi-



tigar su ansiedad en esta última etapa de la travesía.

\* \* \*

## **ESPEJO**

Sin detener la marcha por el túnel que eligió, Pamela saca de su cartera el teléfono móvil para ver qué hora es y putea y empieza a trotar.

A esta altura de la noche ya debería

estar saliendo al escenario junto al resto de los actores y actrices de su obra.

Risas y aplausos, como si se tratara de público festejando alguna cosa, se escuchan cada vez más cerca.

Por un instante, fantasea con la posibilidad de que al final del camino haya una puerta, y que al otro lado aparezca su camarín en el teatro.

Ya no trota, ahora corre.

Pamela dobla con velocidad en una curva y se detiene y respira agitada apoyándose sobre una superficie fría y



se acuclilla y deja caer su cabeza entre las piernas y va regularizando su nivel de oxígeno y se lamenta por haberle fallado al director de la obra que había apostado por ella desde el primer momento a pesar de la opinión opuesta de los productores y se paranoiquea con la hipótesis de que alguna de sus compañeras de la tele le haya hecho un gualicho y al instante descarta tal posibilidad por ridícula y se repite a sí misma “pensá bien Pamela pensá bien” y le llama la atención lo frío de la superfi-

cie donde está apoyando su espalda y levanta la cabeza y se incorpora y mira el contexto y mira hacia arriba y mira hacia abajo y descubre que ya no hay paredes formadas por barro sólido a su alrededor sino que ahora está encerrada dentro de una caja cuyos seis lados internos son espejos.

\* \* \*



## **FRASCO**

Antes de llegar a los cien metros de su recorrido en el túnel, Matías localiza una puerta de dos hojas vaivén bajo un cartel que proclama LABORATORIO.

Entra a un lugar espacioso, pulcro, aseptico y frío, donde absolutamente todo es de color blanco.

Pintura blanca reviste las paredes y el techo; ocho mesas blancas –largas y altas– se distribuyen con un criterio prolijo sobre un piso blanco; cada mesa al-

berga un equipo integrado por tubos de ensayo y mangueras transparentes y libros de muchas páginas encuadernados en tapas duras rústicas de color blanco y computadoras portátiles de carcasas blancas y otros objetos blancos imposibles de especificar.

Matías circula por las callejuelas del laboratorio con curiosidad de safari, y se detiene frente a una repisa que lo inquieta: en sus estantes hay decenas de frascos de vidrio que contienen extraños cuerpos orgánicos. Cada envase



tiene pegada una etiqueta con nombres y código de barras.

“¿Serán los embriones de alguna raza alienígena o los fetos de una futura generación de clones humanos?... je”, bromea con nerviosismo y en voz baja mientras va recorriendo frasco por frasco con su mirada.

“No lo puedo creer... seguro son estos dos hijos de puta...”, ahora exclama para sí mismo en voz alta al distinguir –entre las oleadas de datos irrelevantes– una etiqueta sobre la cual se imprimen

los nombres Rocío y Edmundo.

Matías agarra el frasco y lo examina desde diferentes perspectivas. Pero no alcanza a inferir si lo que habita en su interior se parece más a una cabeza humana jibarizada o al cuerpo en miniatura de un animal exótico, porque escucha pasos y voces que se acercan desde afuera, y debe buscar una guarida de inmediato.

Se oculta al costado de la repisa y quizá debido al temor siente cada vez más frío en su cuerpo y oye que am-



bas hojas vaivén de la puerta se abren y que alguien entra al laboratorio y cuando piensa en ese alguien lo hace en plural porque individualiza tres registros de voces distintos que conversan y le resulta imposible entender ya que dialogan en un idioma irreconocible y la gelidez ambiental penetra en sus huesos y empieza a temblar y por un incremento gradual en el crujido de las pisadas deduce que van en dirección hacia su escondite y sabe que tiene pocas chances de escapar si no

hace algo al respecto y entonces echa un vistazo al frasco de vidrio que aún sostiene con su mano izquierda y resignifica su dimensión utilitaria y ahora lo ve como un arma letal y el código indescifrable que transportan las voces y las seis suelas repiqueteando sobre el piso blanco ya están demasiado cerca de Matías quien observa por última vez el frasco de vidrio y lee en la etiqueta “Rocío y Edmundo” y su monólogo interior dispara “esos dos hijos de puta” y el odio le da un impulso de valentía



y toma carrera y sale eyectado de su escondite para enfrentar todo aquello incierto que está por venir...

\* \* \*

## **CRISTAL**

“Había una vez un reino...”, Sonia relata un cuento a Fabricio para disipar su ansiedad, mientras avanzan por el túnel.

El hilo narrativo de la historia de Sonia se suspende cuando llegan a una puerta sobre la cual un cartel anuncia SALIDA.

Y entonces ambos se abrazan y brincan de alegría y ríen liberando tensiones y recuperan sus proyecciones individuales respecto al futuro y comparten cierta abstracción vinculada con la fe.

Del otro lado de la puerta hay una escalera caracol que parece infinita.

Se montan con entusiasmo sobre el puente vertical y enrulado que los rescatará de la pesadilla, sin lamentarse



por la dificultad del trayecto que tienen por delante.

La escenografía del ascenso ya no es una caverna como los túneles del subsuelo 5, sino un sector de escaleras de servicio estándar como cualquier otro edificio de departamentos, sin el lujo esperable para la torre más prestigiosa de la ciudad.

Sonia y ahora Fabricio finalmente llegan a una puerta sobre la cual hay un cartel que dice SALIDA y la atraviesan y a lo lejos pueden distinguir el lobby

del edificio y Sonia grita “llegamos” y Fabricio empieza a correr porque reconoce a sus padres que están sentados en un sillón y la pesadilla parece haber concluido y Sonia sonríe y suspira aliviada y se deleita al observar el entusiasmo del chico y le vienen recuerdos y piensa en sus propios padres y también en sus hermanos y por primera vez en mucho tiempo vuelve a sentir aquel latigazo epifánico y le brotan deseos de hacer algo para cambiar el rumbo de su vida y de repente una sospecha intuiti-



va congela su ánimo festivo y tal cosa ocurre cuando observa que en el lobby del edificio también están los dueños de la casa donde trabaja y varios policías y Fabricio parece chocar con algo invisible que no le permite seguir avanzando y él se da vuelta y le pregunta a ella “¿qué pasa” y ella no sabe qué responder y se acerca y descubre que Fabricio no se chocó con algo invisible sino con la superficie de un cristal enorme que los separa de todo lo demás y al otro lado los padres del chico

empiezan a llorar y entonces Fabricio insiste “¿qué está pasando, señora, qué está pasando” y Sonia no tiene respuestas y ambos intentan romper el vidrio con patadas y golpes de puño y el cristal parece blindado y quedan petrificados con sus caras adheridas a la superficie fría como si tuvieran ventosas en lugar de rostros y no pueden registrar el audio de lo que está sucediendo al otro lado y la mímica dramática general sugiere una película muda de argumento catastrófico y Sonia y Fabricio lloran



y los padres del chico lloran y la dueña de casa llora junto a ellos y el dueño de casa conversa con la policía y el tiempo continúa transcurriendo como una espiral descendente que perfora todas las capas de realidad material y baja veloz y se detiene en el subsuelo 5 y en lugar de mantenerse estable ahora pareciera tomar carrera e invierte la dirección de su trayectoria y atraviesa el puente vertical y busca regresar a la superficie para iniciar un nuevo ciclo.



AUTORIDADES

---

PRESIDENTA DE LA NACIÓN  
Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA  
Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE  
Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS  
SOCIOCULTURALES  
Franco Vitali



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina